

La llamábamos Naszka, no sé por qué. Fue Kiryl quien le puso ese nombre. Era gris, con las orejas puntiagudas. Tenía una cuerda atada al cuello que le había amarrado Kiryl, que era el mayor de los tres hermanos. A veces yo la cogía de la cuerda y la llevaba a dar largos paseos. Otras veces montábamos a la pequeña Alina sobre ella y la perra se dejaba hacer, sin protestar. Ni siquiera nos gruñía cuando le tirábamos del rabo. Era paciente. Tal vez porque compartíamos con ella los restos de nuestra comida. A veces intentábamos que durmiera con nosotros, en la casa, pero nuestra madre la echaba a escobazos. Gritaba:

—Ya está otra vez aquí esa perra cochambrosa. ¡Fuera, fuera! ¡Y vosotros, niños, no la traigáis más! A saber qué enfermedades tiene.

Eso era antes de que todo ocurriera. Pero por más que nuestra madre le diera escobazos y la amenazara, apoyada en el dintel de la puerta, con las mejillas coloradas y las manos en el delantal, Naszka volvía una y otra vez.

A veces yo la escuchaba aullar fuera, pegada al otro lado del muro. En las noches de invierno, oía el viento o la nevisca y también a Naszka. Era como si la vieja perra hablara con el viento y se entendieran, las dos aullando. Al viento de invierno yo lo llamaba Grusha.

Más de una vez salí de madrugada con la manta, saltando por la ventana y me acurruqué con ella para darle calor. Naszka lo agradecía moviendo el rabo y dándome lametazos. Nos despertaban las primeras luces y yo tenía que volver corriendo a mi cuarto. Mis hermanos tiritaban acurrucados por culpa de la ventana que yo había dejado abierta.

Cuando Vitenka, nuestro padre, entraba para echarnos una mirada antes de arrancar el cuatro por cuatro para irse al trabajo, la ventana estaba bien cerrada. Alina, que aún se chupaba el dedo, dormía abrazada a Kiryl y yo me tumbaba a su lado haciéndome la dormida. Me gustaba ver la

figura grande de Vitenka, con sus largos bigotes, entre las sombras de las pestañas. Alguna vez me dijo:

—Sé que estás despierta.

Y a los dos nos entraba la risa.

Cuando se iba, yo me asomaba a la ventana pero ya no había ni rastro de Naszka. Solo el vaho de mi aliento en el cristal y Grusha rugiendo. Allí afuera el blanco deslumbraba.

